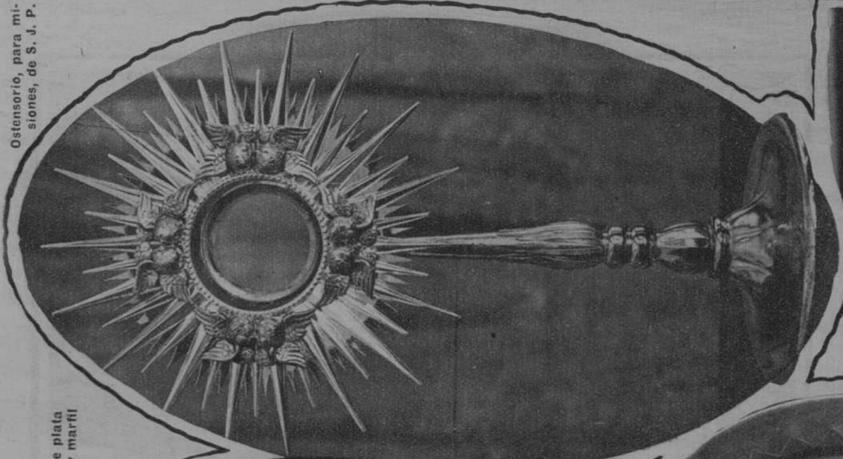
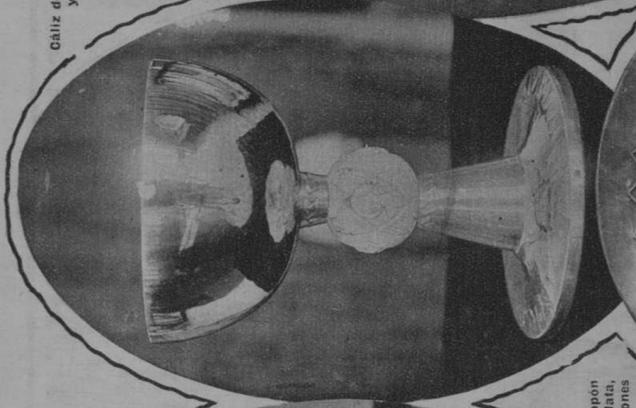


LA EXPOSICION DE ARTE LITURGICO
EN BARCELONA

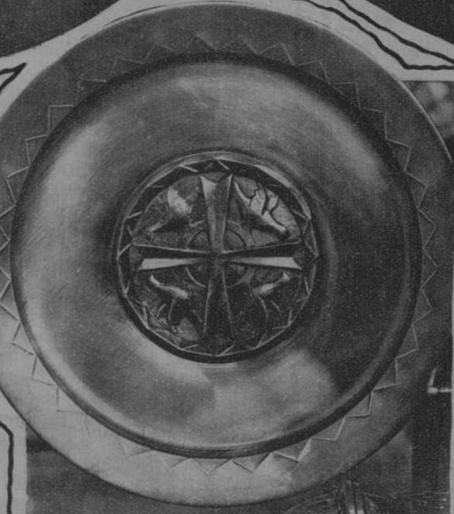
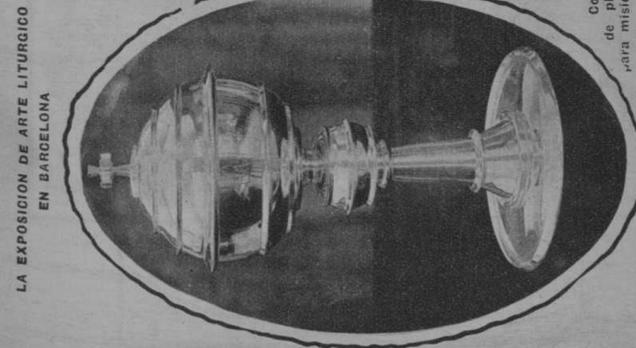
Ostensorio, para mis-
siones, de S. J. P.



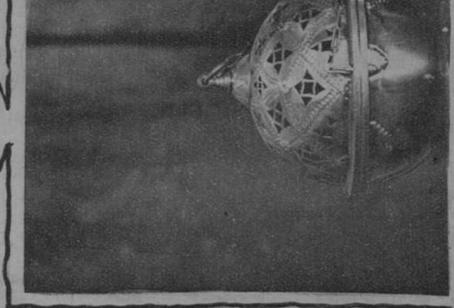
Caliz de plata
y marfil



Copón
de plata,
para misiones

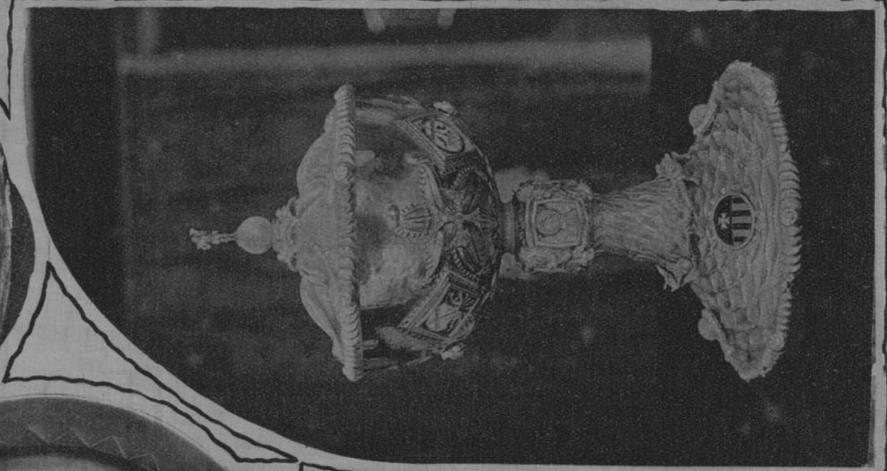


Incensario y bacia, de metal



Relieve con marco de talla

Copón de plata y oro, con piedras preciosas y esmaltes, de las
RR. Mercedarias (Fols. Maymo)



PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Dia Gráfico

NUM
139

DIBRE
9
1928

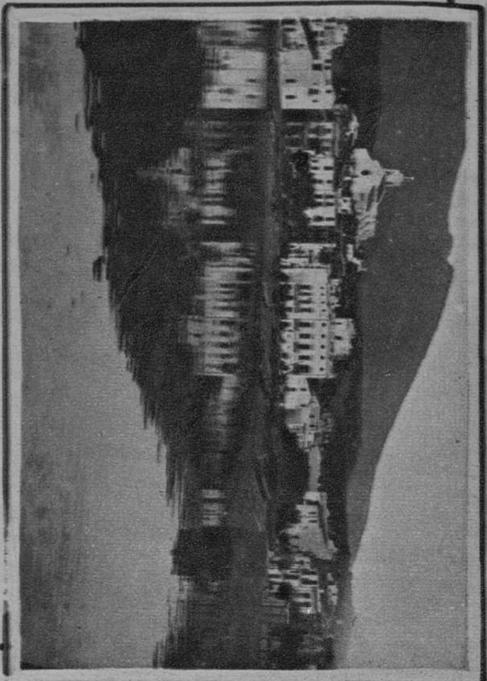


Retrato del general Mazarrudo, pintado por Coya.-(Fot. Mas)

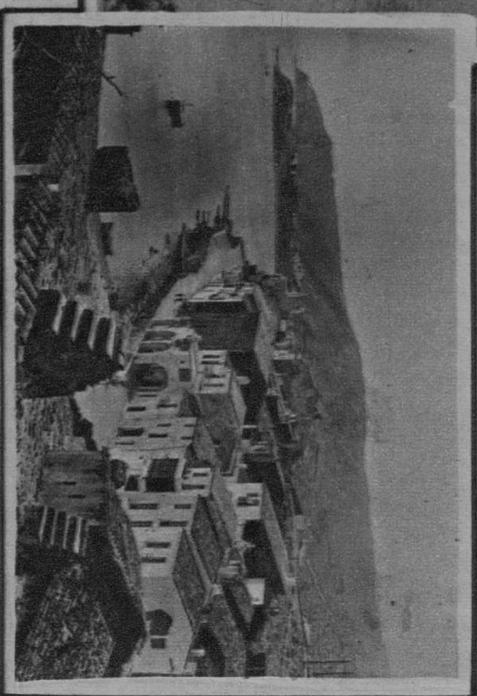
LAS BELLEZAS DE ODAQUÈS



Un detalle de la bahia



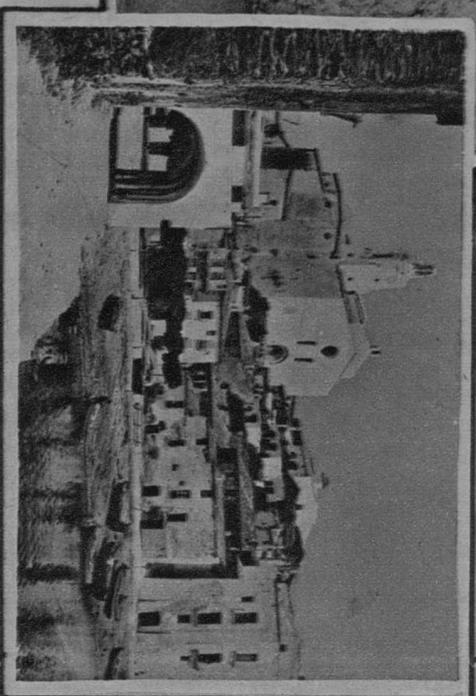
La playa de Odaqués



Vista de la población

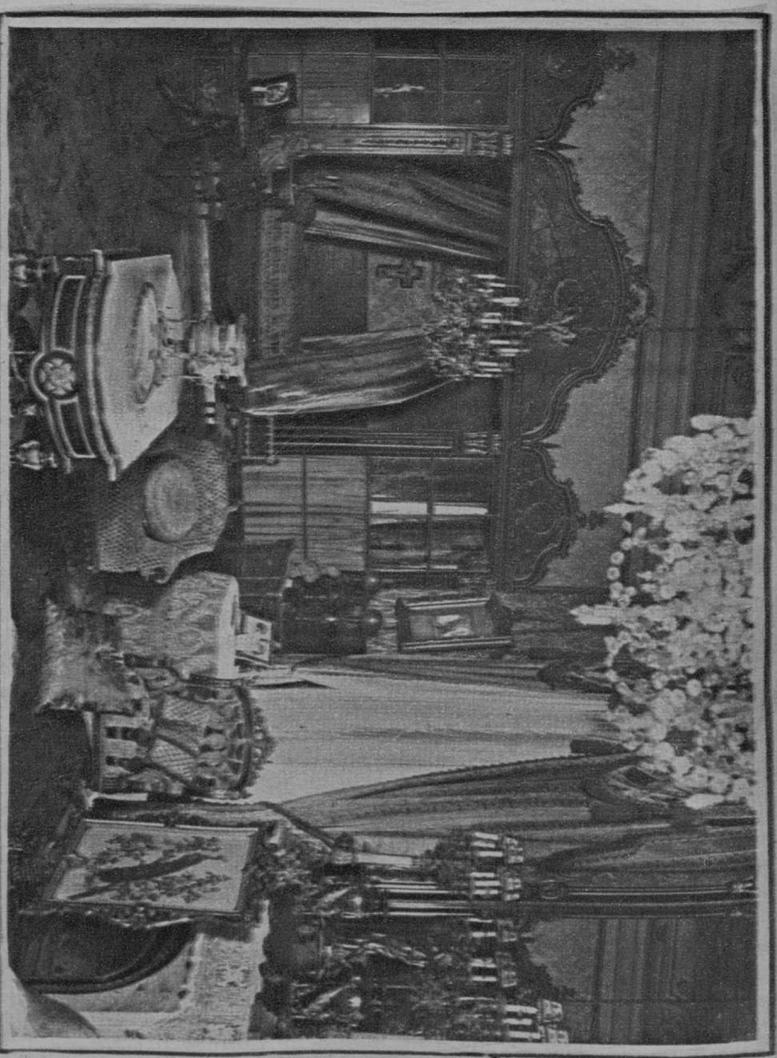


La «cova de l'Infern»



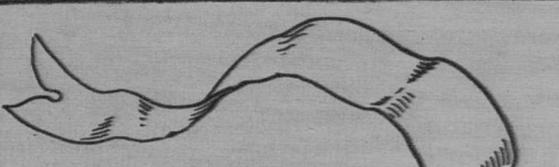
El puerto de Odaqués

(Fots. Vilalta)



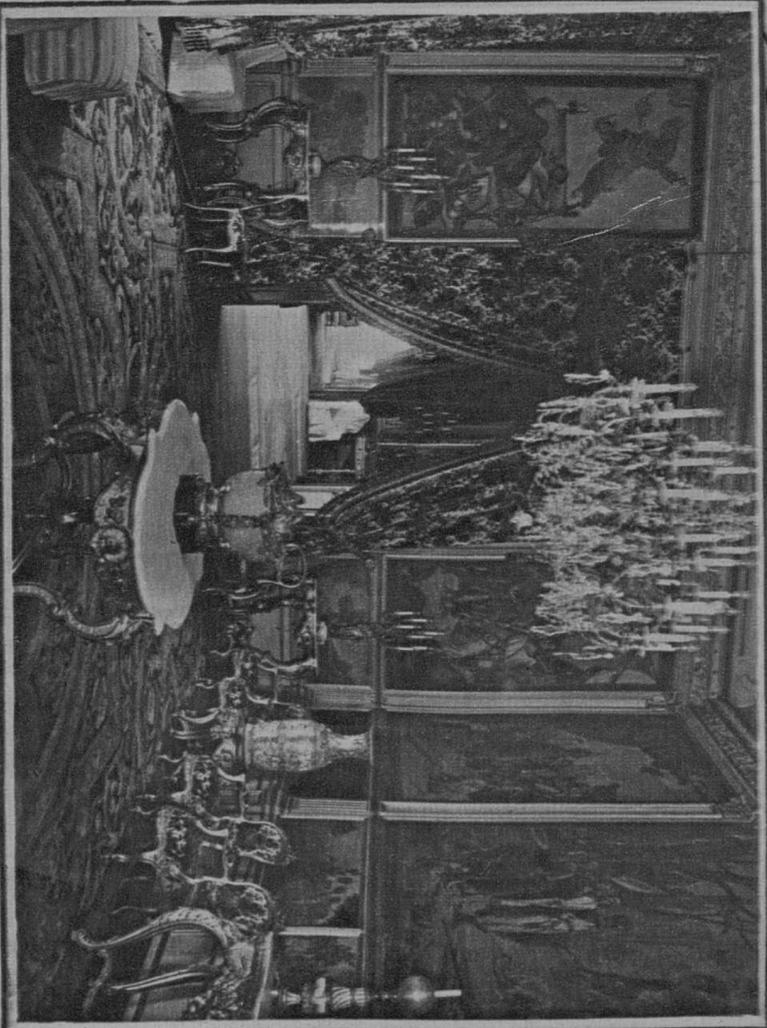
LOS VIEJOS PALACIOS DE BARCELONA
EL PALACIO DE LOS MARQUÈSES DE COMILLAS

SALON Y DOMINATORIO
QUE UTILIZO EL REY
DON ALFONSO XII, EL
5 DE ENERO DE 1875,
CUANDO DESEMBARCO
EN BARCELONA



SALON DECORADO
CON PRESOS DEL
VIOLTA

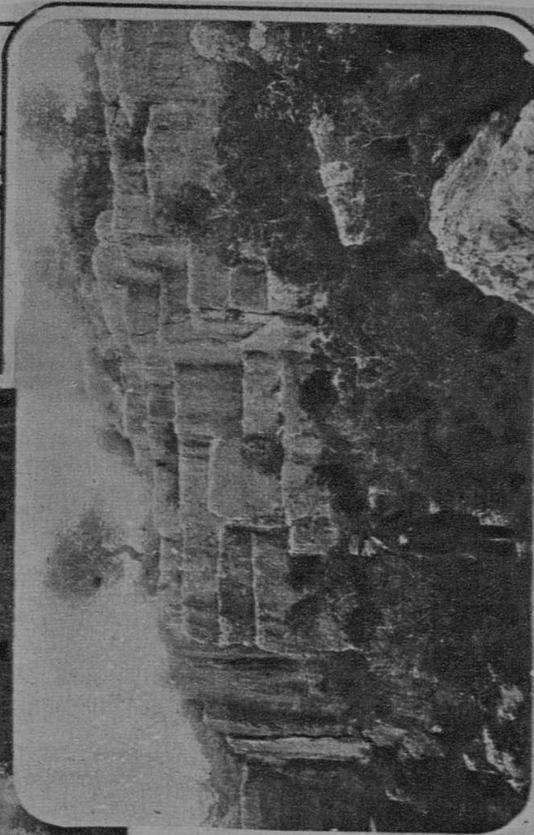
(Pau. Maymó)





La entrada a la cantera

A UNOS OCHO KILOMETROS DE TARRAGONA SE HALLA LA CANTERA ROMANA LLAMADA DEL «MEDOLLI», PALABRA QUE SIGNIFICA MONOLITO INDICADOR DE LA PROFUNDIDAD ALCANZADA EN LA EXTRACCION DE LA PIEDRA



Un ángulo de la cantera, en donde se ve cómo los romanos sacaban los bloques



El monolito de 20 metros

Vista parcial de la cantera (Fots. Vallbo)



EN VISPERAS DE LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS, LA INDUSTRIA DE LOS JUGUETES EXPERIMENTA ESTOS DIAS, POR DOQUIER, FEBRIL INCREMENTO



Haciendo perros de todas castas



El relleno de las muñecas

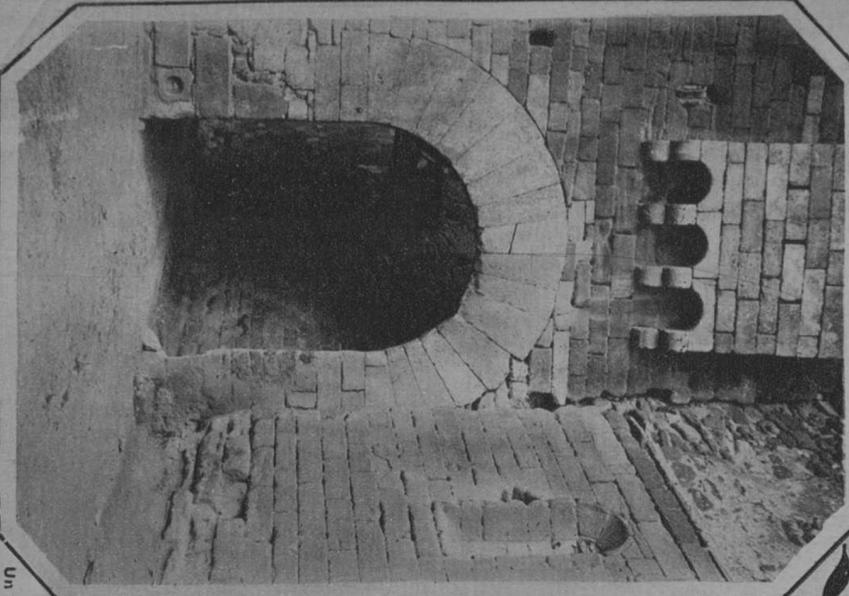
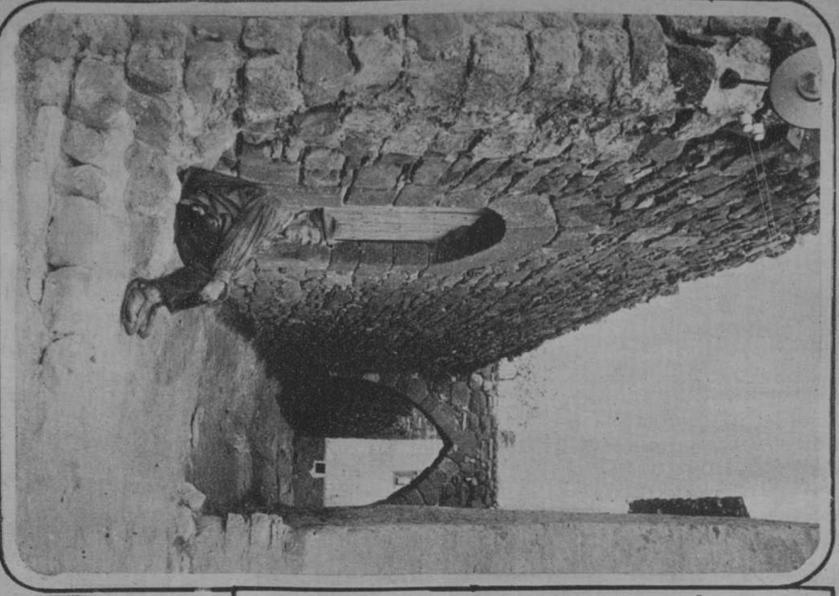


Un stock de ososnes (Fots. Beheri)

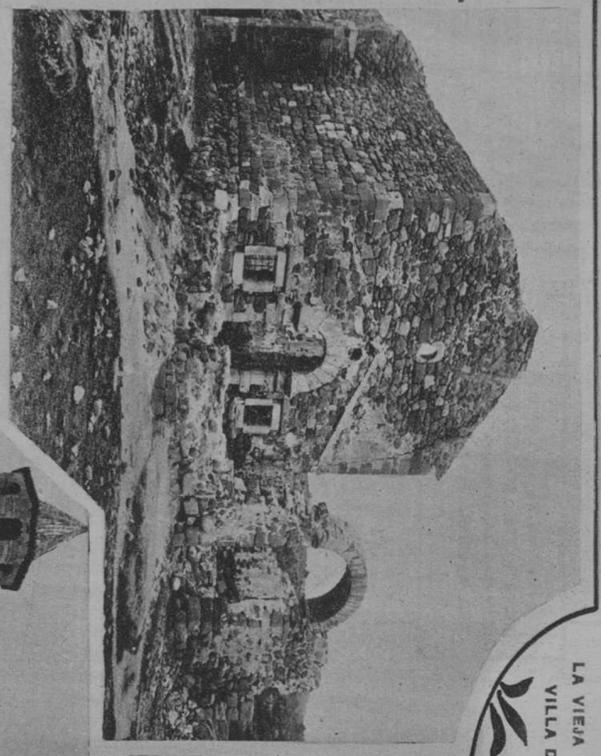


Los ababyes de celuloide





Un portal del palacio de los condes de Prados



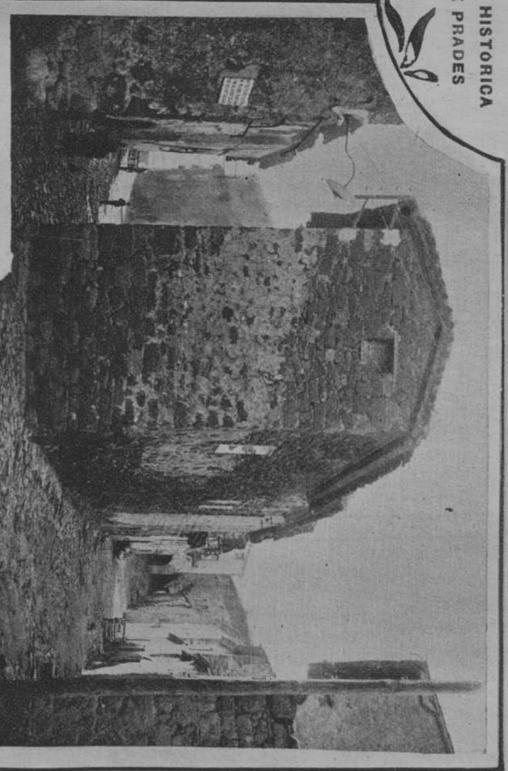
La vieja ermita de San Antonio

Una calleja tipica



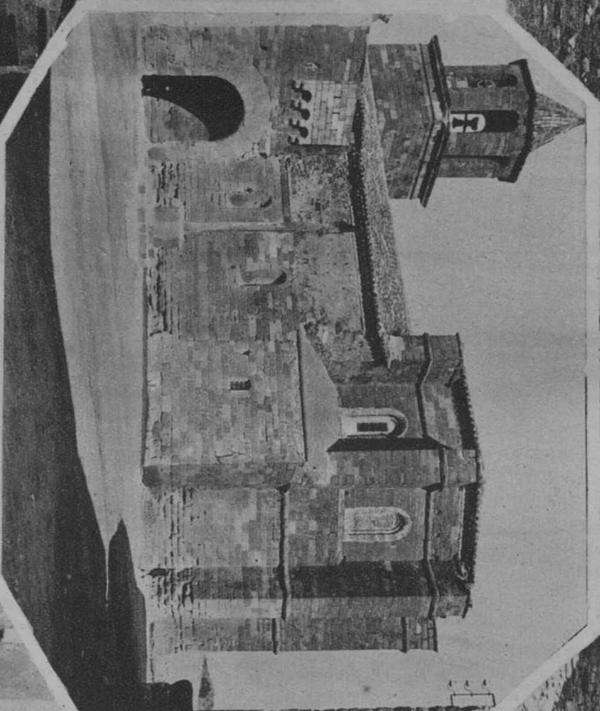
Rincón del palacio

LA VIEJA E HISTORICA
VILLA DE PRADES



Una encrucijada tipica

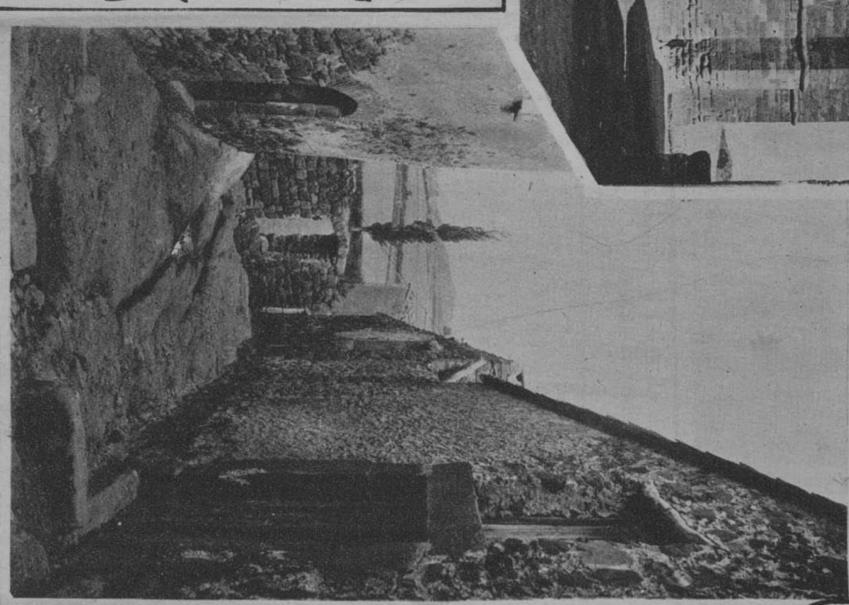
La iglesia de Santa Maria



La antigua parroquia

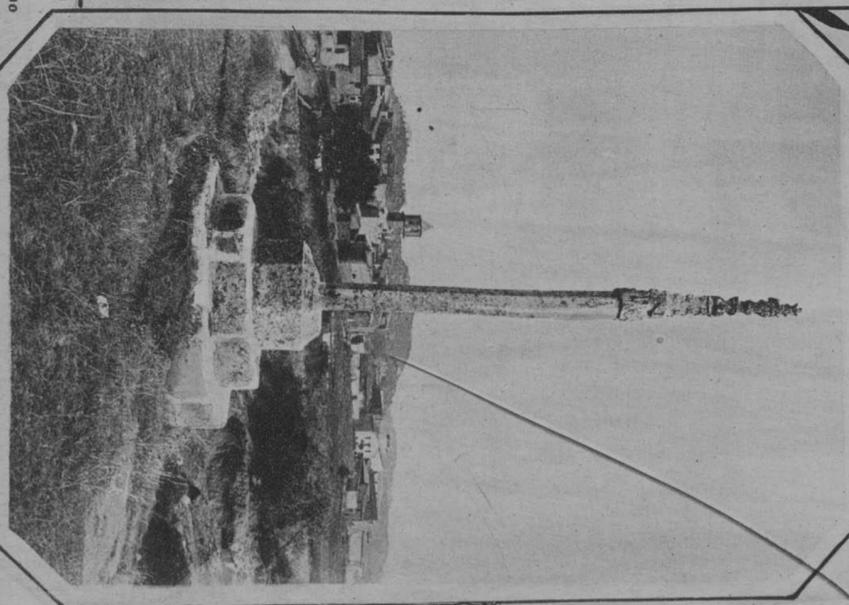
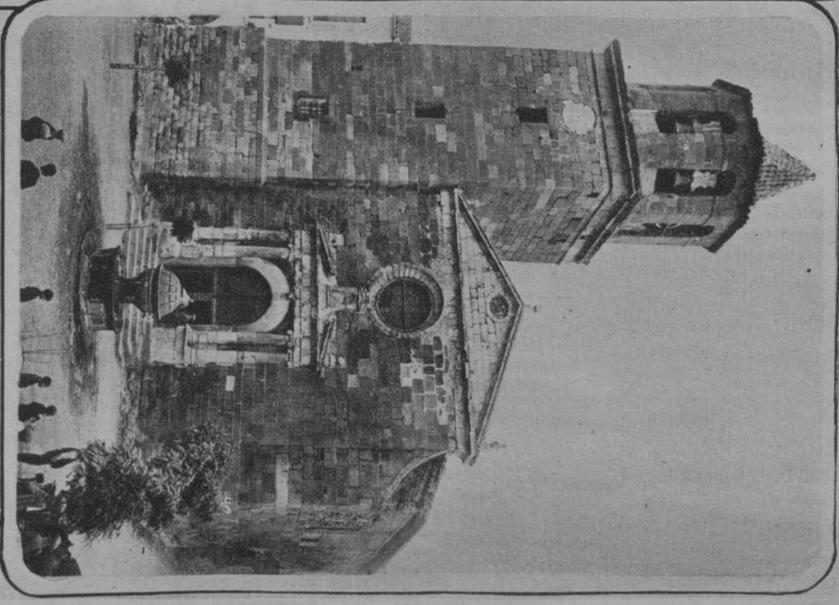


Una calle del pueblo



La cruz de término

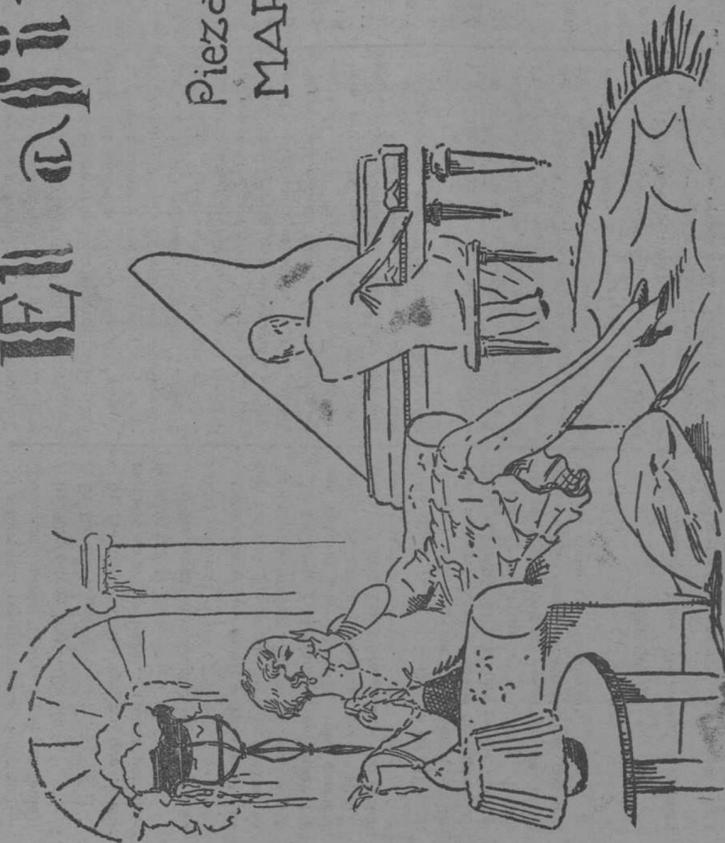
(Fols. Vallbé)



EL ASIMADOR

Pieza en un acto, de
MARIA FLUERY

Ilustraciones
de
MELLO



PERSONAJES

Baronesa d'Arvert, 40 años.
Marquita Hellvieu, 22 años.
Mme. Hellvieu, 50 años.
De Maulle, 27 años.
Carmen, criada.

Elegante salida, con una sola entrada al fondo de la escena. A derecha, primer término, un piano colocado oblicuamente, el teclado frente al público. A izquierda, pequeño diván y una mesa volante, de reducidas dimensiones. En segundo término otro piano, apoyado contra la pared y con un taburete en su sitio. Sillas, sillones, etc.

ESCENA I

La Baronesa, después De Maulle

La Baronesa (sentada en el diván, bordea. Interrumpe su labor para mirar la hora en su reloj-pulsara). — ¡Las cuatro! A lo mejor, ni aparece por acá. (Sigue bordando). Me tiene mendiando... (Suena un timbre). ¡Es él! (Gozosamente triunfadora). ¡Lo que es esta vez no te me escapará! (Entra la visita. Mutis de la criada). La Baronesa. — ¡Oh! mi buen amigo. En cantada de verlo...
De Maulle. — Señora... (Le besa la mano). En cuanto recibí su lacónico mensaje, y al imponerme de que usted me necesitaba, no quise demorar mi visita, satisfecho de poder ser útil a tan distinguida amiga.
La Baronesa (indicándole una silla próxima al diván). — ¡Siéntese, de Maulle. De Maulle (sentándose). — ¡Puedo, realmente, prestarle algún servicio?

—Pues entonces yo te respondo del éxito de tus amores, porque el primer efecto que me ha causado tu novia ha sido sorprendente, inmejorable.

CAPITULO VII

Mesa revuelta

Vamos a dar un pequeño salto; pero nuestros lectores no corren riesgo de dislocarse ningún hueso. Es un salto hecho con la pluma; la agilidad, pues, existe en la imaginación, y esta "señora", si bien es verdad que no tiene piernas, corre más que un galgo.

Este es un secreto que Dios no ha revelado todavía a la criatura.

Vamos a revolver en este capítulo a la mayor parte de los personajes de esta novela.

Después los iremos contemplando a vista de pájaro.

Indudablemente alguno de esos lectores que llevan la imaginación más lejos de la línea que recorren sus ojos, se dirá, buscando el desenlace de esta novela:

—Yo ya me figuro quién es Fulano y quién es Zutano; y si el autor quisiera le sería fácil desenlazar la novela en el capítulo inmediato.

Yo digo a esos prudentes comentarios del lector:

—Amigo mío, en las novelas de costumbres que desechan la inverosimilitud es preciso que todo marche paso tras paso, sin precipitarse la acción ni violentar los caracteres; las personas suelen, y esto es lo más general, tratarse un año entero y a veces toda su vida sin contarse su historia privada. Las confidencias íntimas son hijas de la casualidad, y la casualidad produce mil efectos en un libro.

Nada más verosímil que encontrarse un pan en la calle uno que tiene hambre, o que le caiga la lotería a un pobre, o que un desesperado reciba aviso de que un tío de Indias se ha muerto dejándole una pingüe fortuna, o que un rey perdone a un reo de muerte.

Cualquiera de estos recursos es verosímil en la vida real, y falso en la vida imaginaria de la novela o del drama. El público lo silbaría, y haría bien.

Dejando, pues, a un lado la impaciencia de los lectores, si es que a este libro le cabe la honra de promover curiosidad, de lo cual no estoy muy seguro, vamos a lanzar una ligera ojeada sobre los personajes más importantes.

Han transcurrido cinco días desde el final del capítulo anterior.

Comenzaremos por trasladarnos a Bayona y entrar en la fonda de España.

Esta emigración será corta.

Don Luis tiene una carta en la mano que le ha hecho palidecer.

La ha leído tres veces, y luego se ha paseado con alguna agitación.

Por fin, como si una idea luminosa asaltara su mente, se sienta, toma la pluma y escribe con precipitación lo que sigue:

"Querido Inocencio (este Inocencio es uno de los parinos del desafío): He recibido, por conducto de mi ayuda de cámara, una carta que no sé cómo califi-

ellos grises y me quedo tranquila... como si tal cosa. (Realmente halagada, sin embargo).

De Maulle.—¡Coquetaría! mi querida señora! Se necesita ser muy joven aún, para tolerar el gris de los cabellos... Las «viejitas» son las que apelean a la tintura.

La Baronesa.—No he de negar que le sobra la razón.

De Maulle (indicando el piano que está a la derecha). —¿Ha adquirido otro piano?

La Baronesa.—No... es ajeno.

De Maulle.—¡Ah! Me explico... Lo habrá alquilado para que ejecuten a ocho manos... lo que equivale a multiplicar el ruido.

La Baronesa (riendo). —No piense mal. Ese piano pertenece a una antigua amiga mía—deliciosamente simpática—que me ha proporcionado el placer de arrendar un departamento en este mismo piso.

De Maulle.—Me imagino ese placer...

La Baronesa.—Nos queremos mucho. Como no se ha instalado todavía y el salón está en manos de los pintores, le cuido el piano por unos días.

De Maulle.—Muy bien... Pero hasta el momento no me ha dicho en qué puedo servirle.

La Baronesa.—Voy a decirle... no se apure... ¡Me contraría que haya venido de civil!

De Maulle (riendo). —La culpa es suya. Hubiera agregado una «nota bene» a su carta: ¡uniforme de rigar!

La Baronesa.—Y usted no hubiera acudido a la cita, ¿verdad?

La Baronesa.—Algo más que un favor es lo que de usted espero...

De Maulle.—Soy todo oídos.
La Baronesa.—No vaya a creer que exajeró... ni que estoy delirando si le digo que usted puede hacerme feliz.

De Maulle (ligeramente desconfiado). —Veamos...

La Baronesa (ensayando una despreocupación sbita). —Estaba tan segura de que acudiría a mi llamadal... (Absorta en su trabajo). Me parece que este tono malva no hace muy buenas migas con el verde aceituna... ¿no cree usted lo mismo?

De Maulle (que no tiene opinión a ese respecto). —¿Qué quiere que le diga!

La Baronesa.—Se dan de trompadas, como en un match de box... (De Maulle sonríe). Bueno: mi obra se continuará más tarde... (Con una expresión de disgusto). ¡Qué lástima! (De Maulle la mira con extrañeza). Debía haberse puesto su uniforme...

De Maulle.—¡Ah!... ¿Usted quería hablarle al teniente de cazadores?... ¿Por qué esa preferencia, señora mía?

La Baronesa.—¡Porque es un primer cómo le sienta, bendito de Dios! (Ante el gesto de Maulle). Creo que no debe ruborizarse por el pipero de una... ¡viejal!

De Maulle.—¡Vieja, usted, que tiene el privilegio de no llegar a ser nunca!... No olvide que el encanto es juventud que no se marchita.

La Baronesa.—Buenos... ahora, ante ese florilegio a quemarropa, tendría que furtivamente en rubor... pero pienso en mis ca-

—¿Si vendrá con él su tío?

—Es muy probable. Ya puedes abrir.

Librada obedeció a su viejo compañero, y abrió la puerta.

Juan Antonio no venía solo; detrás de él se veía la bondadosa y respetable figura de Roque.

Las mejillas de la joven se cubrieron de virginal rubor.

Los esperaba; pero su pecho exhaló un "¡Ah!" intranscible, porque en este grito sólo había tomado parte el alma.

Las mejillas de Librada llegaron a tomar el tinte encendido de la amapola.

—¡Adelante, señores, adelante!—dijo el señor Blas, deshaciéndose en cumplidos—. Pasen ustedes a mi salón de recibo, porque mis regias antepasadas no tienen nada de agradables.

Entraron todos en el gabinete de la joven, y ésta, apoderándose de la mano del sacerdote, la besó, murmurando con acento tembloroso:

—¡Ah, señor! Usted es demasiado bueno al subir a mi humilde buhardilla.

El que logra producir el primer efecto lleva mucho adelantado.

La cuestión de simpatía es un secreto misterioso del espíritu.

Se ve a una persona por la primera vez; se habla con ella una hora, media, quince minutos; nada os ha dado, nada os ha pedido, nada os ha dicho para ofenderos ni para halagaros, y, sin embargo, al separaros de ella, exclamáis:

—¿Qué simpática es!

O, por el contrario, decís:

—¡Qué cargante! ¡Qué antipática!

¿En qué consiste esa primera sensación?

¿En las maneras elegantes del individuo? ¿En la voz? ¿En el rostro?

No, ciertamente; porque hay hombres y mujeres que son muy feos, y, sin embargo, se anhela su conversación porque nos son simpáticos; y hay hombres y mujeres muy elegantes y muy bellos, que nos fastidian soberanamente a los dos minutos de hablar con ellos.

¿Consistirá en el estado de nuestro ánimo, cuando se ve por primera vez a la persona? Tampoco: pues muchas veces, y sobre todo con el sexo bello, sucede que la que empieza por seros antipática, acaba por ser vuestro amor más puro, más acendrado, más firme, tal vez la única pasión de vuestra vida.

Yo no he podido explicarme filosóficamente en mi vida en qué consiste la cuestión de antipatías y simpatías.

Sin embargo, soy partidario del primer afecto.

Librada lo había producido en el ánimo de Roque de Lara.

La rubia de la buhardilla había adelantado en un momento mucho terreno en el corazón del sacerdote.

Aquellas mejillas cubiertas de virginal rubor, aquellos ojos azules y serenos como el cielo, aquellas trenzas de oro como las del ángel Gabriel, y sobre todo la modestia de aquel cuartito tan poético, en donde todo respiraba candor y pureza, produjeron su verdadero efecto.

El sacerdote hubiera, sin más explicaciones, firmado al instante como testigo en el contrato matrimonial de Juan Antonio y Librada.

Los primeros momentos fueron algo embarazosos para la joven.

Aquel venerable sacerdote venía a Madrid expreso a conocerla. ¿La creería digna de llamarla esposa de su sobrino?

De Manle.—Posiblemente. La exigencia del traje me hubiera hecho pensar en alguna emboscada...

La Baronesa.—Tenga en cuenta que hace más de quince días que no me visitaba.

De Manle.—En efecto... La Baronesa.—Pues me felicito de no haberle dicho en mi carta lo del uniforme. (Con falsa convicción.) ¡Mire que fué singular lo que fué a ocurrirsele!

De Manle.—¿Le parece?... En el año que llevo de garantía en este pueblo, señora, usted ha intentado casarme por lo menos diez veces. Hasta una viuda... (Exagerado, como reproche) ¡una viuda, a mi edad! tuvo la mala idea de ofrecermelo...

La Baronesa.—Vindita joven, hermosa y fresca que tuvo sólo unos meses de casada... En fin, pongamos en lista esa otra equivocación mía... Pero, lo sabe usted muy bien... con lo de la viuda y lo de las otras, no puede ponerse en tela de juicio mi buena intención.

De Manle.—Mi reconocimiento, señora, no tiene límites. La Baronesa.—No puedo olvidar que usted es hijo de una de mis mejores, de mis más queridas amigas...

De Manle.—Por favor... Le suplico que no vuelva a evocar el cariño que la ligaba a mi madre... He podido observar que cada vez que lo hace, su evocación sirve de preámbulo a ofertas matrimoniales. (Omelosamente herido). ¿Qué le he hecho, señora, para que me quiera tan mal?

La Baronesa.—¡Desagradecido!... Yo busco su felicidad. De Manle (ofendido).—Pero si ya la tengo!... ¿Quiere usted una felicidad más grande más positiva en insuperable que mi independencia absoluta, mi cien millones de veces bendita libertad?... ¿Por qué, para qué casarme?... Peseo suficientes medios para darme todos mis gustos... que no son muy dispendiosos, por cierto, pues aparte de mi cariño por la equitación...

La Baronesa (interumpiendo).—Completamente «demoníaco», mi querido amigo... Hoy no se habla más que de caballos... de muchos a la vez. De Manle.—Claro: de sesenta por la parte baja y que andan a 180 por hora... ¿Qué quiere! Yo no las voy con el automóvil sino como medio de transporte... Deportivamente, no me entusiasma... Háblame de las besitas de sangre, que luchan con uno y que se tiene la orgullosa alegría de domar...

La Baronesa (imitándolo).—Háblame usted de carreras de obstáculos, de concursos hípicos, en los cuales se corre el muy posible riesgo de romperse los huesos... por simple placer... De Manle.—Confíese usted, señora, que si dependiese de su voluntad en lo que me atañe particularmente... me prohibiría, bajo severas penas, montar a caballo.

La Baronesa.—No dude usted que sí. De Manle.—Imagínese entonces, según su modo de pensar, la enorme oposición que encontraría en mi mujer ese pasatiempo de

mis carinos y de todo mi entusiasmo... Y le advierto que la aviación me atrae... ¡poderosamente! y que a lo mejor...

La Baronesa (sin dejarlo terminar).—¡Eso sería una soberana locura! Deje que se maten los andares y no se mezcle con ellos. ¡Vaya una idea la de este desobediente amigo!... (Pequeña pausa). ¡Hombre!... voy a hacerle el gusto—se entienda que en sentido figurado—de dejarlo volar un momento, con el único fin de hacerle esta pregunta: supongamos que el aparato se viera al suelo, estropeándose, y que usted, desgraciado con su suerte (Inclinación cómica de de Manle), con dos o tres miembros rotos, logra conservar la vida. ¿No sería para usted más confortador, de más poético halago, tener a su lado una buena compañera que lo cuidase, que lo consolará?

De Manle.—...¿Y que me pasase por todas partes en un cochecito?... Para esa tarea es suficiente una enfermera de la Cruz Roja. ¡Qué deliciosas son esas enfermeras! Le aseguro que no hay enfermo asistido por ellas que deseé curarse... o por lo menos curarse pronto...

La Baronesa (riendo, pero «picada»).—¡Qué hombre más absurdo! (Pausa). De Manle.—Conte que todavía espero saber en qué oportunidad llegaré a serie agradable...

La Baronesa (sigue en sus trece).—¡Completamente absurdo! (Pausa. Suena una media hora en el reloj). ¡Dios mío! ¡Las cuatro y media! ¡Decididamente! Escucheme, que voy a decirle toda la verdad... Usted lo había advertido...

De Manle.—¿Qué? La Baronesa.—Que se trataba de una nueva entrevista. De Manle.—No podía fallar!... La Baronesa.—Pero esta vez... ¡una verdadera alhaja!... Tiene todo con ella... ¡Hérfana...

De Manle (empezando a esquivarse contra la aremetida).—Pero... La Baronesa (no lo deja hablar).—¡Salida fortuna... educada cuidadosamente por una hermana de su padre... la amiga de quien le habla hace un momento... mi nueva vecina, Margarita es única heredera. (De Manle intenta ponerse en pie. La Baronesa no se lo permite). ¡Tenga un poco de paciencia, amigo!... Veintidós años... Encantadora... Música consumada...

De Manle.—Hasta ahora no me entusiasma el retrato. La Baronesa (aeroseándose bien a de Manle, le grita).—¡Y monta a caballo admirablemente!

De Manle (exasperado, grita a su vez).—¡Soberbio! Podrá hacerme compañía... ¡hasta en las maniobras!... ¡Adios, señora! (Intenta escaparse). La Baronesa (reteniéndolo).—¡No!... ¡Toda una no! Quiero que la vea. De Manle.—De ninguna manera! (Firme mente resuelto). Me resultaría muy desagradable romper lanzas con usted... ¡No quiero verla!... (Suena un timbre).

La Baronesa (salvajemente victoriosa).—¡Demasiado tarde! (Voces en el vestíbulo). De Manle (con ira).—¿Es ella? La Baronesa.—Sí.

De Manle.—¡Oh! ¡Le aseguro que la entrevista no se realizará!... (Busca por donde «disparar»). La Baronesa (implacable).—¡No hay más salida que esa!

De Manle (fiere de sí).—¡Esto es el colmo, señora! ¡La criada abre la puerta. La Baronesa se adelanta hacia las que llegan). La Baronesa (esforzándose por aparentar una natural alegría).—¡Oh, mis queridas amigas! ¡Cuanto me halaga esta visita!... (Efusividades. Las lleva a una habitación contigua).

De Manle (para sí).—¡No ha de salir con la suya! (Al volverse, para tomar su repentina actitud, ve el piano de izquierda). ¡Qué magnífica idea la que se me ocurrió! (Bruscamente, ocupa el taburete y, decidido, se pone a golpear las teclas del piano con un solo dedo, encarnizándose con una misma, como los alfileres).

ESCENA II Los mismos, Mme. Hellevieu, Margarita. Vuelve la Baronesa con sus amigas. Está dispuesta con la actitud de De Manle. Esta, sin dejarle tiempo para pronunciar una sola palabra, se pone de pie, cierra rápidamente el piano e inclinandose ante ella, dice:

De Manle.—El piano de la señora está perfectamente afinado. (Aprovecha la circunstancia de que la Baronesa, no atreviéndose a desmentirlo, calla, para dirigirse hacia la puerta; pero se interpone Mme. Hellevieu).

M. Hellevieu (con alegría).—¡No se marche, señor!... (A Margarita). ¿Qué me dices de la coincidencia?... ¡Un ahogado! Margarita.—¡Parece un envío de la Providencia! M. Hellevieu (obstruyendo, siempre, el camino a de Manle; a la Baronesa).—¡Me permite que aproveche la presencia del señor!... (A de Manle). Mi piano acaba de hacer un largo viaje y necesita una «re-pasada» prolija...

La Baronesa (reprimiéndose).—Con mucho gusto!... Su idea es excelente... Pasemos a la sala, para no incomodar al señor... De Manle (que se hubiera negado a hacer el nuevo trabajo, accede con un lastimero suspiro de resignación, y tras un movimiento que quiere decir: «Muy bien, señoría», se dirige al piano. (Aparte). ¡En cuanto saigan, me hago humo! (Las tres damas se disponen a salir; pero la Baronesa detiene a Margarita).

La Baronesa (bajo a de Manle).—Le suplico que se quede... más tarde se reunirá con nosotras... ¡Yo no conozco a este individuo y hay tanto de atrevido en esta salida!... (Margarita hace un gesto expreso). (Grisis! Mme. Hellevieu). ¡Vamos, querida! (Aparte, mirando a de Manle). ¡Asiste en la trampa!

La mujer verdaderamente modesta vale mucho y se evalúa en poco. El negocio mayor que puede hacer el hombre es comprarla por lo que ella cree valer y venderla por lo que vale. Roque de Lara conoció que su presencia coartaba a aquella encantadora joven, y dijo: —Veo, hija mía, que es usted tan bella como modesta. Juan Antonio no ha exagerado en sus cartas, lo cual es muy extraño, porque los enamorados creen, por lo general, perfecto al objeto de su amor. Yo me felicito de ello y me alisto en las filas de la juventud; pero voy a pedir a usted un favor. —¿Puede usted pedirme un favor a mí?—respondió Librada. —¿Por qué no? —Pues está concedido. —Así lo espero. Lo que yo deseo es que deseché usted de su ánimo la corteidad con que me está tratando: yo sólo soy un hombre, y casi me atrevería a decir, de bien; deseo la felicidad de ustedes y nada más. —Pues nuestra felicidad, querido tío, consiste en el matrimonio—dijo Juan—. Soy poco ambicioso; dentro de un mes termino mi carrera; el médico del pueblo es ya muy viejo; cuando le reemplace se cumplirán todas mis aspiraciones, y usted ya sabe que un médico soltero inspira poca confianza. —Y usted, señorita, ¿piensa como Juan Antonio?—preguntó Roque. Librada bajó los ojos al suelo. —Recuerde usted que le he pedido un favor, y que ese favor es que usted sea franca conmigo—volvió a decir el cura. —Yo pienso en todo igual a Juan Antonio—respondió Librada con agitado acento—. Cuando sea su esposa, si es que alcanzo esa honra, viviré contenta y feliz donde él viva; sólo aspiro a amarle durante toda mi vida y a que me ame. Y luego, fijando una mirada dulce y expresiva en el venerable semblante del sacerdote, continuó: —Me parece que no me tachará usted ahora de corta de genio; he dicho todo lo que siento. —Yo espero que continuará usted siempre haciendo lo mismo, y sobre todo, cuando allá en el pueblo nos tratemos más. Hay escenas en todo libro en que el autor pasa ligeramente sobre ellas, o porque le parecen de poco interés, o porque le conviene que el lector no las vea apuradas hasta el último extremo. La presente podrá ser una de esas. Roque de Lara permaneció dos horas en la buhardilla de los pájaros. La conversación giró sobre diversas materias durante este espacio de tiempo. El cura se mostró muy satisfecho de la obsequiosidad del señor Blas y de la amabilidad de la hermosa rubia. Juan Antonio, impaciente porque su tío conociera todo lo que valía su novia, la hizo tocar el armonio. El sacerdote se desizo en elogios; la profesora se cubrió de rubor, y mientras al señor Blas le retozaba la alegría por todo el cuerpo viendo el buen efecto que la joven causaba al cura, Juan Antonio se frotaba las manos «moralmente», diciendo para sus adentros: —Esto va bien. En la vida real hay horas en que se andan muchas leguas en el camino de las simpatías.

Cuando el sacerdote salió de casa del señor Blas, quería a Librada como a una hija. Diríase que sus relaciones contaban una fecha más antigua, más larga. Resuelto a contribuir a la felicidad de los jóvenes, apenas llegó a su casa se puso a escribir una carta a Diego y María. En esta carta les refería la aventura del herido. Mientras el cura escribía, Juan Antonio se paseaba por la sala con alguna impaciencia, porque sabía que aquella carta era para sus padres. Cuando el cura terminó, dijo a su sobrino: —¿Quieres poner una postdata a tus padres? Lo cual era decirle: —Lee la carta que les escribo. Juan Antonio ocupó la silla del sacerdote, y se puso a leer ligeramente y sin fijarse en la primera ni segunda carilla. Al llegar a la tercera, vió que en ella se trataba de su amante. Veamos lo que había escrito Roque: «He visto a la novia del chico. Es una joven muy bonita, muy modesta y de mucho talento. Creo que harán una linda pareja, y lo que es mejor, creo que serán felices. Así es que desde ahora me pongo de su parte, y espero que este verano podré echarles mi bendición en la ermita del pueblo. Así se lo he prometido a ellos, y confío en que vosotros no me haréis quedar mal. Yo permaneceré muy pocos días en Madrid. Este ruido me aturde; prefiero mi aldea. Mañana os escribiré el estado del herido. «Vuestro siempre—, Roque.» Pedir más, hubiera sido una avaricia desmedida. Juan Antonio abrazó a su tío. Aquel abrazo fué el más cariñoso, el más apretado de todos los que le había dado en su vida. El cura conoció de dónde nacía aquella fuerza muscular de su sobrino, y una sonrisa maliciosa asomó a sus labios. Juan Antonio volvió a sentarse y escribió en la carta esta postdata: «Queridos padres: Estoy bueno y estudio mucho, pues quiero sacar nota de sobresaliente en los próximos exámenes. Cuando vaya a ésa a darles a ustedes un abrazo, que será pronto, será un médico hecho y derecho; es decir, tendrán ustedes la salud en casa, y ustedes serían muy ingratos si no concediesen la felicidad a aquel que les asegura la vida. «¿Y en qué consiste tu felicidad?» preguntarán ustedes. «Lean el último párrafo de la carta del tío, y entonces lo comprenderán. «Su hijo que los quiere—, Juan Antonio.» A su vez, el cura leyó la postdata del estudiante. —Bien se conoce que vives con un poeta—le dijo. —¿Por qué?—preguntó Juan Antonio con naturalidad. —Porque en tu postdata veo un juego de palabras que tienden a buscar el buen efecto, afán de todos los autores. —Mi querido tío, el primer efecto es el mejor de los efectos; causa una impresión más duradera.

ciaron del Gobierno, la protección del nuevo invento y el propio Monturiol, dirigió una súplica, acompañada de una «Memoria» sobre los íctineos de guerra. El 7 de mayo de 1881, efectuóse en aguas de Alicante, otra prueba oficial, ante los ministros de Marina y de Fomento, así como también de varios directores de centros oficiales, diputados, senadores y una comisión técnica nombrada por el Gobierno. Durante esta experimentación, el «íctineo» demostró prácticamente, la posibilidad de la navegación submarina, subiendo e immergiéndose, manteniéndose entre dos aguas, repitiendo los movimientos por espacio de tres horas, efectuándolo con olas de fondo y mar procelosa, pudiendo respirar normalmente, los tripulantes del submarino durante la prueba.

Después de estos ensayos se constituyó en Barcelona, una Junta para iniciar una suscripción pública. Figueras le dispensa triunfal acogida y el Gobierno por R. O. ofrece a Monturiol operarios para construir otro «íctineo» de 1.220 toneladas. Todo fueron promesas, pues habiendo el inventor ido a Madrid, tuvo que regresar a Barcelona a principios del 1882 sin conseguir nada. Roberto Robert indignado en «La América» increpa al Gobierno. Monturiol dirige un manifiesto al país y en 1884 se constituye la razón social «Monturiol Font Aladill y Compañía» con objeto de construir otro «íctineo» de mayores proporciones, llegándose a reunir 350.000 duros y el nuevo submarino queda terminado en 1886.

Convencido Monturiol de haber conseguido su objeto, decía en una «Memoria» que escribió en dicho año:

«Dejo por herencia en este mundo el «íctineo», «íctineo» completo y exclusivamente mío, sobre todo en sus dos partes esenciales: la que se refiere a la producción indefinida de oxígeno y la de estar animado de un motor submarino, «íctineo», apto para aplicaciones industriales. Mis fuerzas no llegan a más y a pesar de que he aspirado a trabajos de mayor trascendencia, el sentimiento de mis deberes queda satisfecho.»

En otra «Memoria» leída el 22 de abril de 1886 en la Junta general de accionistas del «íctineo», manifestaba:

«Débiles, pobres, oscuros, hemos hecho lo que nadie se hubiera atrevido a exigir a los grandes y poderosos. Si caemos, nuestra honra habrá quedado en pie. Si acertamos habremos hecho un gran bien.»

La energía de Monturiol está retratada con estas otras palabras:

«Sean cuales fueran los resultados que el causancio, las defecaciones y las calumnias alcancen sobre los amigos del «íctineo», yo seguiré constantemente en mi camino, lleno de dificultades... pero a pesar de todo, animado por la evidencia de los experimentos, demostrativos de que el «íctineo» es una verdad y de que por su medio puede explorarse el mundo submarino ¿puedo yo abandonar mi proyecto que es alma de mi vida y sin el cual mi existencia no tiene objeto sobre la tierra?»

«Qué amargura! Tanta energía, fué abandonado.»

donada: con indiferencia, y aquella gloria esplendorosa, solo mereció de sus concitadanos, la mezquina memoria de una lápida en el cementerio del Este, con esta inscripción: «Aquí yace don Narciso Monturiol, inventor del «íctineo», primer buque que submarino, en el cual navegó por el fondo del mar en aguas de Barcelona y Alicante en 1869, 1860, 1861 y 1862.»

IDA vergonzosa preguntarlo! ¿Qué se hizo de aquel «íctineo» que despertó por un momento tal entusiasmo? Triste, abandonado, solitario, fué envejeciendo y pudriéndose en un rincón del puerto y aquella ciudad que tantos entusiasmos para él tuvo, no lo reclamó y ni se le acordó cuando era ya un montón de ruinas y escombros, al menos, hacer lo que un humilde ciudadano hizo. Pudo apoderarse de un cristal de lo que había sido uno de los ojos del «íctineo» y lo condujo a la humilde sociedad el «Foment Regional de la Sagrera» donde aun hace algunos años lo guardaban como una reliquia.

Joaquín BAS GICH

PAMPIROLADAS

Luisín lleva un rato en la cama, charlotando, sin decidirse a dormir.

Su mamá, harta de conversación, le dice:

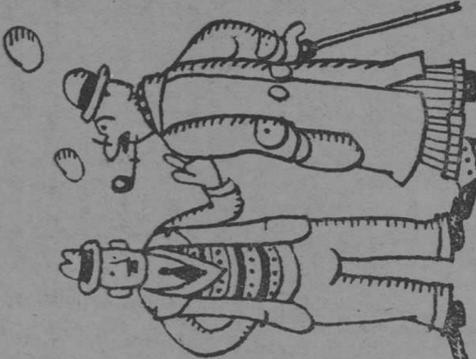
—¡Si durmieses un poco, Luisito!

—¡Pero, mamá! Si me durmiera en seguida, todavía te molestaría más, porque dirías: «Luisito está enfermo... y yo no quiero asustarte.»

Una cosa impositiva:

Mil hombres por sabios que fuesen, no sabrían desnudar a un hombre desnudo.

ENTRE AMIGOS



—¿Me prestas diez pesetas?

—¿Para qué?

—Para empuñar mi reloj.

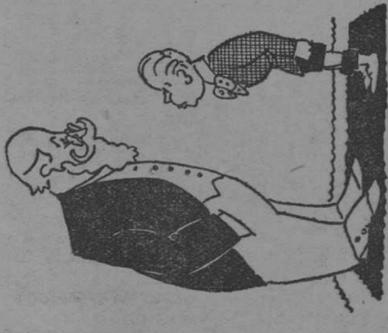
—Hombre, para esto no te hace falta dinero.

—Sí, porque antes debo desmenuarlo.

Lo que no está demás saber

LA EDUCACION DE LOS SORDOS-MUDOS

La educación de los sordomudos, que muchos han creído invención del abate L'Epée realmente fué iniciada en España, dos siglos antes que el famoso abate, por el re-



—Papá, ¿tú eres la ocasión?

—¿Por qué lo dices?

—Como a la ocasión la pintan calva...

ligioso benedictino del Monasterio de San Salvador de Oña, fray Pedro Ponce de León, del que se sabe que murió en 1554. Carlos Miguel de L'Epée nació en Versalles en 1712.

Fray Pedro Ponce de León, guiado por su caridad y extraordinario talento, instruyó a muchos sordomudos, enseñándoles a leer y escribir diversos idiomas, pintar y otras ramas del saber humano. Valtase del lenguaje de acción, de la escritura, dactilología y alfabeto guturo-labial. Aun que no dejó método escrito, dejó abundantes discípulos que se esparcieron por toda España.

A principios del siglo XVII, Juan Pablo Bonet, aragonés, secretario del Condestable de Castilla, después de enseñar a un hermano de éste, que era sordomudo, escribió un libro que se titulaba «Reducción de letras y arte para enseñar a hablar a los mudos», impreso en Madrid el año 1620. El doctor inglés Wallis, al que sus compatriotas atribuyen la invención, estuvo en Madrid y conoció a Bonet, publicando su tratado siete años después, al mismo tiempo que el médico suizo Conrado Amman daba a la estampa la obra en latín «Surdus loquens» (El sordo hablando).

Muchos perfeccionamientos ha tenido el arte de enseñar a los mudos, pero conste que la primacía corresponde, no al abate L'Epée ni al doctor Wallis, sino al fraile español, Pedro Ponce de León.

ESCEÑA III
Margarita-De Maule

Instantes de silencio y de inmovilidad. De Maule, en primer término de la escena, se ha quedado estática. Al centro, Margarita, se entreteiene en una contemplación serena, inocente, del «afinador», sorprendida de que no se ponga a la tarea. Está con «los nueve puntos» está a lo imposible, como bestia furiosa...

De Maule (aparte).—¿Por qué no me dejará solo?

Margarita (va hacia el piano de derecha y lo abre).—Señor: aquí está el piano. (Corto silencio. Con voz más alta). Aquí está el piano, señor.

De Maule (aparte).—¡Si que estoy fresco! (Alto). Perfectamente, señorita... (Toma en el acto su instrumento, atrase una silla hacia el instrumento, y va a sentarse. Aparte). ¡Ya acabará por marcharse! (Margarita se acerca al piano. De Maule ensaya un acorde espantoso, inarmónico, que arranca un grito a la joven. Retira precipitadamente la mano. Colérico). ¡Esto es un cascajo centenar!

Margarita (enojada).—¡No sabe lo que dice!.. ¡Cascajo un piano casi nuevo!.. Mi tía ya le dijo que lo único que tiene es que ha viajado mucho... quizás sea eso lo que lo hace sonar tan mal!..

De Maule (confundido).—¡Es indudable que sufre las influencias del traqueteo! (Doctoral). ¡No se debe viajar con pianos! Margarita.—Sin embargo...

De Maule.—¡Qué quiere! Es mi rotunda opinión.

Margarita.—No le discuto. Usted es del oficio... (Alejándose. Aparte). ¡Qué tipo singular este afinador!

De Maule (aparte).—¿Y cómo me las arreglo para... desahuciarlo más todavía?... Porque eso es lo que, al final, voy a conseguir... (Como un inspirado, al compás de sus movimientos rítmicos con la cabeza, empieza a golpear en las teclas indefensamente). De reojo alcanza a ver que Margarita se sienta en el diván. (Aparte). ¡Margarita! ¡Se ha instalado! (Continúa castigando el teclado). Ahora que me acuerdo, los afinadores levantan la tapa del piano... (La empuja con la rica manta, en forma que amenaza la destrucción inevitable de los «chinchés» depositados sobre el piano).

Margarita.—¡Un momento, señor! ¡Ponga cuidado!.. Permítame que le ayude... (Obra en consecuencia, oponiendo finura a la torpeza de de Maule. Se reparten la nueva colocación en sitio seguro, de los bibelots).

De Maule (aparte).—¡Si me hubieran dicho esta mañana!..

Margarita (aparte).—¡Parece loco!

De Maule (siempre aparte, mirando de reojo a Margarita).—¡La verdad que es de lo más hermosa! (Vuelve al taburete. Margarita se acerca otra vez).

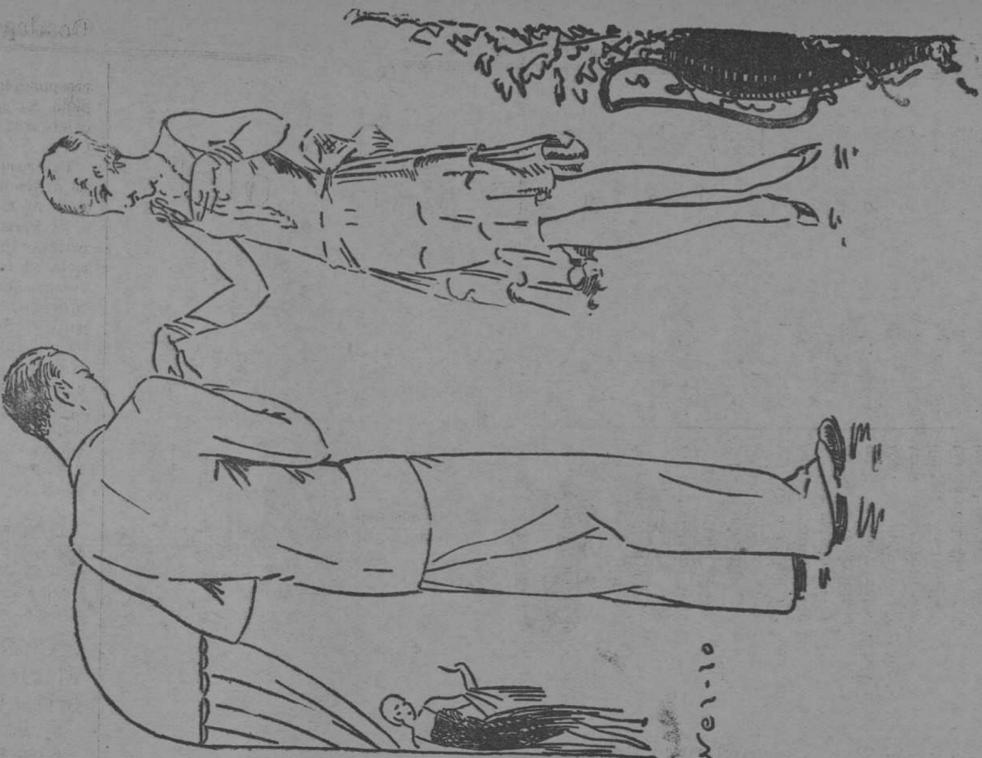
Margarita.—Trate de mantenerlo a un medio tono más bajo del diapason normal, porque yo canto...

De Maule (con expresiva mirada).—¿De

veras, señorita? ¿Sabe usted cantar? (Esfuerzo). ¡Me imagino que su voz ha de ser encantadora!

Margarita (alejándose, enfadada. Aparte).—¡Se está pasando el afinador!

De Maule (aparte).—¡Animalito! ¡Te has olvidado del papel que estás representando! ¡Tú lo quisiste!.. (Golpea furiosamente las



teclas y después rasca las cuerdas como si tocara el arpa).

Margarita (inquieta, se vuelve).—¡Cómo! ¿No usa llaves?

De Maule (resuelto).—¡Jamás! Las llaves no entran en mi modo de afinar. (Aparte). ¡Por qué no se irá esta bendita mujer? (Si que golpeando). ¡En fin! (Margarita está en el fondo de la escena, simulando el arreglo de unas flores, mientras observa con inquietud al afinador. Una casualidad hace que choquen las miradas de ambos).

De Maule (aparte).—¡Qué ojos, mi madre! ¡Y qué cuerpo!.. Si yo no hubiera sido tan idiota, a estas horas estaría en un «firt» sublimísimo... ¡Qué rabia me da! (Golpea con tanta violencia que Margarita acude, espantada).

tenga miedo... He sido un campeón de imbecilidad... Escúcheme, que voy a decirlo todo... ¡todo!.. Yo no soy, ni nunca he sido afinador... ¡Espere, por el amor de Dios!.. Comprendo que mi actitud me pone a sus ojos como indigno de su perdón... Pero perdone mi locura... más que locura: ¡mi estupidez!.. Yo soy el teniente de Maule. (Gesto de Margarita). Le confieso que no quería ser presentado a usted, y decidí fingirme afinador... ¿Vé cómo he sido un papanatas?... (Margarita, tras el momento de asombro y de temor, que en Maule, inclinada la cabeza, sufre y aguantada la carcajada). ¡Le sobra razón para burlarse de mí! (Desolado). ¡Y decir que no quería conocerla!

Margarita (riendo siempre).—¡Es corto... Dígame por qué...

De Manle.—Porque no la conocí... Margarita (con gravedad, aunque risueña).—¡Caramba! ¡Vaya una razón!

De Manle (humilde).—Naturalmente... No mezero que me perdona... Sé que es imposible... (Después de una corta pausa).

¡Adios, señorita!... En este momento, la Baronesa impone a su señora tía de mi irreflexible conducta, de la que tanto me avergüenzo... y que ha de pesarme tanto! (Con un profundo suspiro). ¡Cómo no ha de pesarme, ahora que la conozco, no haber querido conocerla!... ¡Adios, señorita! (No se va. Nueva pausa). ¡El favor más grande que puedo pedirle es que olvide al salvaje, al rústico que he sido!... Yo... este... ¡Adios, señorita! (Margarita vuelve a la risa loca. De Manle no sabe que hacer). ¡Es tan hermosamente musical su risa!... Aunque ella sea implicable para mí, no puedo dejar de admirarla... (Otra pausa, Margarita ríe más dulcemente). Usted me odia, ¿verdad?

Margarita (con vivacidad, rápida).—¡No diga disparates! ¿Por qué odia?... Frangueza por frangueza. Yo tampoco quería que me presentaran a usted. Sólo por complacer a mi tía, accedí. Siento un horror... De Manle (cortando la frase, entusiasmado).—¿Por el matrimonio?... Lo mismo que yo... Hemos nacido los dos para entendernos.

Margarita.—No... Yo me refería al horror que me infundían las entrevistas... ¿Cómo va a horrorizarme el matrimonio si no lo he conocido nunca? De Manle.—Puede conocerlo por referencias de otros. Yo experimento en mis amigos casados...

Margarita (irónica).—Desgraciados como las piedras... De Manle.—¡Esclavos sumisos! Margarita.—¡Peor para ellos! De Manle.—¿Eh?

Margarita.—¡Peor para ellos, sí!... Escalvos son, únicamente, los que han nacido para no ser dueños de nada. De Manle (discutiendo).—Tengo curiosidad por saber si las mujeres de hoy sopor-tarían a un marido tirano... ¿Qué dice usted?

Margarita.—Mi respuesta se concreta en un «no» tan grande como el Mundo. Pero no hay que confundir. No todos los «dueños» de que recién le hablaba son tiránicos... ¿Y es absolutamente necesario que las dos voluntades entren en pelea? De Manle.—Por fuerza una de las dos apriasta a la otra. Margarita.—Niégolo... De Manle.—Le aseguro que si cuento al caso. Entre mis tipos de observación... (Interrumpiéndose). ¿Le causa fastidio mi charla?

Margarita.—De ninguna manera... Me agrada mucho escuchar sus pruebas de experiencia... (Magnánimamente, se sienta. De Manle la imita. Ella está a derecha, en la silla que el «afinador» colocara frente al

piano desarmado, pero dando espaldas al instrumento).

De Manle.—¿Eh?... Conozco un matrimonio singular. La esposa, sabedora de que su marido es un acérrimo enemigo de la sociedad, siente un placer... ¡cómo le diría yo!... un placer enfermizo, morboso, en arrastrarlo, noche a noche, a teatros, conciertos, recepciones... en fin, a todo lo que para aquel pobre infeliz es un suplicio.

Margarita.—¿Eh? De Manle.—¿Eh? Margarita.—Repto que peor para él. Tiene la mayor parte de la culpa, sino toda. De Manle.—Seguramente, usted querría que el marido encerrara a la mujer bajo llave... en lugar de rehusarse a hacerle compañía.

Margarita.—No... Nada de eso... Lo que me parece más lógico y de mejores efectos es que el hombre fuera capaz, por sus propios méritos y con armas que ustedes saben manejar tan bien cuando se les da la gana, de conseguir que su compañera no pensara más en ir a la búsqueda de gozos y de satisfacciones fuera de su hogar... es decir, entendamos, porque el buen marido se los prodiga dentro de él.

De Manle (expresivo).—¿Un eterno «firtz»? Margarita (seria).—¿Por qué no?... Aunque depende del sentido que da usted a la palabra «firtz». Si la define como un sim-ple afán de agrandar, de atraer, de encantar, le confeso que le acompañaría en su opinión.

De Manle.—¿Es usted un primer premio de exquistez? (Ante el gesto de Margarita). ¡Perdóname!... Sí... estoy con usted... Margarita.—Es evidente. De Manle.—¡Infinitamente exquistez! (El mismo gesto de ella). ¡Perdón! (Breve pausa). Otro amigo mío, en cambio, es tan furiosamente querido por su esposa, que... ¿quiere usted creerlo señorita? Llegó a considerarse desgraciado... No lo deja tranquilo ni un minuto. Vigila todos sus pasos... no porque sea celoso, sino por el temor de que pueda sobrevenirle un accidente... ¡con decirle que no lo deja montar a caballo, que es la pasión de mi amigo!

Margarita.—Y la mía... De Manle (contento).—¿En serio?

Margarita.—Claro que en serio. De Manle.—¿Verdad que la mujer de mi amigo se pasa de ridícula?

Margarita.—Hasta comprenderla... ¿Qué haría la infeliz si su marido fuese avildor?... En medio de todo, es horrible tem-biar por el hombre a quien se ama...

De Manle (exaltado).—¡Usted francamente exquistez!... ¡Perdón!... ¡Cuánta verdad había en las palabras de la Baronesa!... No puedo repetirle... ¡pero le declaro que era de una justicia axiomática! (Exasperado contra sí mismo). ¿Por qué, señorita, no me arrojó inmediatamente de esta casa si le sobraba derecho para hacerlo?... No había llegado aún a conocer la divina gracia de su espíritu, su bondad, su encanto que desbordaba, su... Margarita (burlona, pero halagada).—¡Basta, por favor!... De Manle.—Soy muy desgraciado, señorita. Margarita.—¿Como su amigo?

De Manle.—Mucho más... No hay comparación posible... Margarita.—¿Exagera... (Mirándolo con dulzura). ¿Por qué sufre tanto?... (Le tiende la mano. De Manle se precipita, y tomándola con ardor, la lleva a sus labios. Durante las últimas frases de este diálogo, la Baronesa, que llegara hasta la puerta de la salita, se dio el gusto de escuchar la iniciación de una historia de amor. Ni él ni ella se percataron de su presencia. La Baronesa sonríe y, volviendo la cabeza, hace una señal. Se presenta Mme. Helleveu).

ESCENA IV

Los mismos, la Baronesa y Mme. Helleveu

Quando estos últimos entran en escena, Margarita, colmada, se pone de pie, pero De Manle no abandona su mano.

Mme. Helleveu (burlona).—¿Qué tal su trabajo, señor?

Margarita (sonriente).—Puede estar segura, tía, de que ha sido perfecto...

La Baronesa (feliz pero con orgulloso egoísmo).—¡Al fin! ¡Ya desesperaba de acertar una!

(De Manle besa la mano de Margarita, apasionado y evocidos).

TELÓN



DE LA PERSEVERANCIA

NARCISO MONTURIOL

Regresaba el ilustre patriota don Pedro Arrengol y Corneil, de un largo viaje por Europa, motivado por su benemérita labor de estudios penitenciarios, cuando al llegar al Empúrn, tuvo el capricho de pasar por la línea del Hotel. Esta idea pareció bien a un matrimonio bávaro, simpática pareja, con quien había entablado conversación durante el viaje y que alternaron entonces, el placer de admirar el mar, con el paladar, unas espléndidas y sabrosas nanajitas, cuyas pieles pulcramente recogían.

De carácter expansivo, abrumaron de preguntas a su complaciente compañero de viaje, sobre la Exposición que estaba a pun-

Pasa el tiempo y al cabo de 81 años, surfe los mismos cuidados y estrecheces propios y naturales de la primera época, pero inconcebibles en la pujanza de nuestra actual ciudad.

Surge el «Orfeó Catalán» y con tal impulso y entusiasmo se acoge esta institución, que da origen a la construcción del «Palacio de la Música Catalana». Admirable es la organización de los conciertos dados en él. Llegan estos a la apoteosis de las admirables ejecuciones de la «Misa solemnis» de Beethoven y «Misa» y «Pasión» de Bach. ¡Qué emoción nos inspiró aquella idea de la periódica audición anual de es-

tituciones, nuestro patrimonio científico, no salido aun del generoso inicio de algunos beneméritos. Así sucedió nuestro gran Monturiol.

Nacido en Figueras el 29 de septiembre de 1819, murió en San Martín de Provensas (Barcelona) el 6 de septiembre de 1895. Su alma ardiente, generosa y juvenil se deja arrastrar por los sueltos generosamente utópicos del comunista Cabet, tendiendo que emigrar a Francia, residiendo en Perpiñan y en Agen donde tiene que ganarse la vida ejerciendo de cajista. Con todo y tener la carrera de abogado, sus aficiones le inclinaron a las ciencias naturales, de



EL «CINCO» CONSTRUIDO POR NARCISO MONTURIOL

to de abrirse, y que ellos iban a visitar, preguntándole en especial, si era cierto, se había construido un grandioso hotel en 50 días. Al contestarles afirmativamente, dijo el marido: «sólo dos pueblos son capaces de semejantes improvisaciones: el norteamericano y el catalán».

Al recordar esta respuesta, me imagino la actividad que nuestro Domenech y Montaner, desplegó de repente y también tengo presente su entusiasmo al empezar sus obras, y su apatía al acabadas.

Verdadero tipo símbolo del carácter emprendedor catalán, todo fuego para la iniciativa del esfuerzo continuando en un solo punto. Cuántas obras fundadas cuantos milagros de instituciones admirablemente iniciadas, casi saliendo de la nada.

Fundase en nuestra ciudad a penas salida de la categoría de pueblo, un Liceo, el teatro mejor de Europa. Ya está fundado y admirablemente constituido su organismo a base de poder prosperar indefinidamente.

ta última obra en la temporada de Curs-resnal. El primer año magnífico, el segundo bastante bien... y al final eclipse... lo de siempre. Y el Orfeó continúa su vida a una testura igual, merced a la perseverancia de su admirable maestro Millet, y la Junta durmiendo pacíficamente sobre los laureles, satisfecha del heroísmo de los coristas y profesores que como principio, esperan y aguardan el premio de su abnegación, trabajando de baidé los coristas y llevando los maestros una vida austera, sigla sin ataranes de progresión. No, no es esta la manera. El entusiasmo no vive sólo de ilusiones y la fe, se nutre también de cosa positiva.

Nada tenemos solucionado. Todas nuestras mayores iniciativas, todos nuestros grandes inventos perdidos o aprovechados, por otros pueblos que no pierdan el tiempo, y que tienen el don de la perseverancia. Así contemplamos nuestras anémicas ins-

manera que al pasar más tarde a Cadaqués, empieza sus primeras observaciones sobre las dificultades de la pesca del coral, siendo esto, el inicio de sus estudios sobre la navegación submarina.

Su entusiasmo lo comunica a algunos de sus compañeros, que logran reunir 100.000 duros, con los que se pudo construir en la Barceloneta el submarino «Ictineo» que fué botado al mar en 1859.

El 23 de julio de aquel año, empezó los experimentos, y habiendo adquirido la suficiente práctica para el manejo de su buque, realizó el 23 de septiembre, delante de las autoridades, relevantes personalidades y gran público, pruebas que dieron buen resultado.

Llamó esto la atención del Gobierno al fin, y en septiembre de 1860, hallándose la Corte en Barcelona, electó Monturiol obra prueba con el «Ictineo», ante el general O'Donnell, entonces presidente del Consejo de ministros y otras personalidades. Después de esto, los diputados catalanes, solis